

Canto de amor

I

Oh tú que me encadenas al vuelo de una estrella
y que me entenebreces de olvidos y distancias,
dame en el cuenco tibio de tu mano agua pura
para mis hondos sueños!

Dame la primavera que mi otoño reclama
con su voz de recuerdo;
dame en frutos rendidos la simiente del canto,
para que me reintegre como el viento a la rama.

Déjame tus palomas para mi cielo triste,
quiero iniciar con ellas el vuelo de mi sangre;
y esculpirte en el sueño.

Tú puedes despertarme de luceros atónitos,
y puedes convertirme de pavesa en estrella,
¡déjame que te cante!

II

Este negarme el aire tu vórtice de fuego,
y vivir de cilicios antes que de alborozos,
y perderte en el aire sin haberte alcanzado,
y llamarte en el viento sin conocer tu nombre!

Y no saber qué senda te lleva bosque adentro,
ni qué lluvia te besa, ni qué bruma te guarda,
ni en qué calle he de hallarte,
ni qué pájaro sabe tu rumbo por el cielo.

¡Este calor sagrado de tus tímidos senos,
que a mi mano dan forma de nido y de manzana
dejándome un recuerdo de paloma y de arena!

Torbellinos de adioses nos están despidiendo,
y no podemos irnos el uno sin el otro,
que en el desierto mundo sólo los dos estamos.

III

Frente a la estrella estabas,
¡oh diosa de la tarde!,
el agua niña sólo cantaba y sonreía,
transparente de anhelos con las nubes doradas.

Eras racimo intacto, música y savia nueva,
y lluvia en los cristales;
todo lo que no puede retenerse en el tiempo
porque se va muriendo conforme va lográndose.

Eres el horizonte que no alcanza la mano,
ni el sueño, ni el camino;
eres lo indefinible de una tristeza nueva.

Y acaso te solazas con mi angustia, que es tuya,
y no sé que decirte,
sólo a besos podría, y en silencio, expresarlo.

IV

Déjame que remonte
tus colinas en alba;
yo sabré defenderte del vértigo en el vuelo,
escapa de tu noche, sin palabras, desnuda;
acércate al delirio de mi canto naciente;
ama la luz y entrégate como al viento los pájaros,
deja que mis caricias te realicen de nuevo,
no temas mis violentos caballos de ternura.

Perseguida de abejas,
no mantengas en vano, prisioneras, tus mieles;
deja que te libere la cascada del día.

Te encenderé de tallos porque eres tierra fértil,
y en cada primavera repetirás mi nombre,
con la voz de la acequia y el vuelo de la rama.